

ciona al trabajo, no aprecia su producto que le alimenta, no cavila en aumentarle. Sin trabajo no hay riqueza reproductiva, y sin esta no cabe prosperidad ni grandeza nacional. El día feliz en que los hombres reconozcan el valor del trabajo, se avergonzarán de contentarse con gozar lo que heredaran, por el débil mérito de haber nacido. Ese día afeará el orgullo sórdido de los que pretenden superiorizarse, porque disfrutan en el ocio riquezas, que no han ganado, y quizás no tienen merecidas.

Verdad es que, despierto una vez el amor al trabajo, no siempre consiste en mano del individuo el que no sea interrumpido su progreso. Mas aquí es donde obra la sábia protección de los soberanos y sus gobiernos alejando toda guerra, que no fuere precisa para defensa, y desvaneciendo vigilantes qualquier rumor, que pudiese conducir á un rompimiento. La guerra es la comun enemiga de la laboriosidad, que cuenta su vida por siglos, como los hombres por años; y las naciones que hacen hoy alarde de su grandeza, lo deben á su no interrumpida laboriosidad. Si la gran Bretaña no estuviese favorecida de los mares que la circundan y dificultan su acceso, y no hubiera sido regida por un gobierno sagáz, previsivo en debilitar las fuerzas que eficazmente pudieran invadir su suelo, el acta de Cromwel y sus felices derivaciones, no habrían guardado un progreso no interrumpido.

